




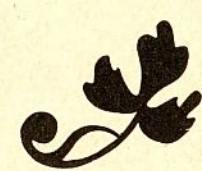
Dib BILBAO.-Madrid.

Ellas.—Anda Arturito, si quieres te hacemos un sitio y vamos a todo meter al partido de futbol.

Él.—No, yo no puedo; tengo que ir con mamá, de visitas.



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
~ rostro su tersura y lozanía ~

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 110.

CUPÓN

correspondiente al número 111
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

6. — Jeroglífico pasado.

ΟΙΤΟΛ
LETRA GRIEGA

CHAQUETA
PANTALÓN
CHALECO

7. — En el desierto.

— Dame un buen plato de *primas*, y déjate de historias.

— ¡Cómo conoces que mi taberna es la *dos-primas* de los heliogábalos!

— ¡Que te conste! ¡Aquí no faltan más que los *prima-dos-tercia*!

8. — Los que mandan.

GOBIERNO

TVS NIS

9. — Pueblo madrileño.

LIÉBANA

ACUSATIVO - CERO

10. — Plaza por cubrir.

LA MADRE DE "BAILAOR"

SIN A

NYCTOΛ

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

11. — Para salir del teatro.

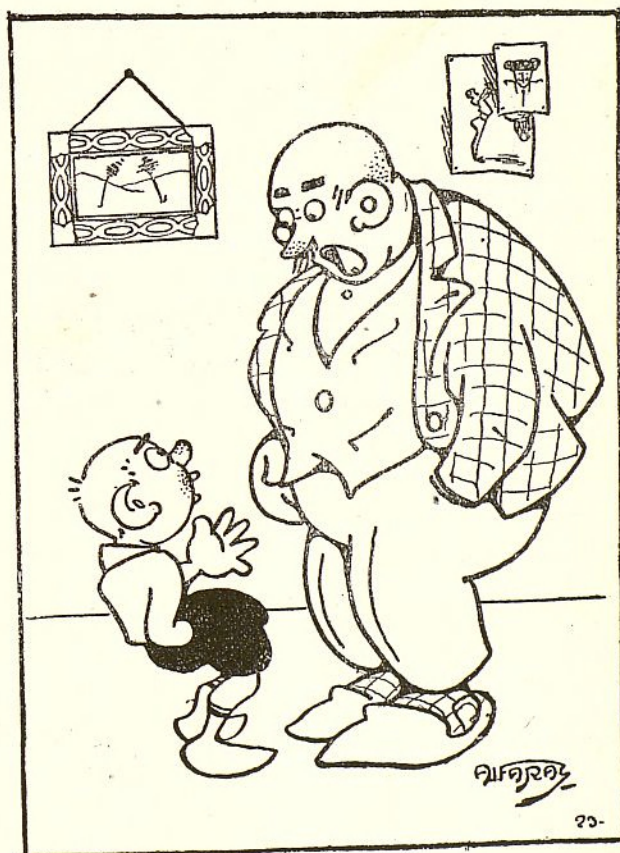
EN EL TACÓN

¡DE LA ISLA!...
¿QUIÉN LAS QUIERE?...



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— ¿Cómo es que ha faltado usted a la lista?
— Misté, mi sargento, que no conozco Madrid, y me he perdido.
— ¡Arrestado hasta que lo aprenda!...



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— Me ha dicho Pepito que pareces un elefante.
— ¡A ver si te doy un trompazo, niño!
— ¿Ves cómo si pareces un elefante?...

¿Sujeta usted
su reloj con una ca-
dena para que no se
caiga? Pues también
debe evitar la caída
del cabello, usando
con constancia el



PETRÓLEO GAL

Frasco, 2,50
en toda España.

Perfumería Gal

TEATRO MODERNO

"MILAGROS LA CHISPERITA"

O

LAS COSAS HAY QUE TOMARLAS COMO VIENEN



ABEN todos que los simpáticos saineteros madrileños Manuel Ajenjo y Andrés Pérez del Olmo crearon un sainete modernista, cuya explotación les ha valido merecidos aplausos y numerosas y auténticas pesetas.

Consecuentes en nuestra indiscreción, nos hemos apoderado de una copia de su última obra, que lleva el título anteriormente indicado y será estrenada en breve por la compañía Aurora-Cleofé. Como siempre, nuestros lectores saborearán las primicias de la producción.

ACTO PRIMERO

Una tasca de las clásicas de los barrios bajos. Mostrador, mesas, estampas de *La Lidia*, etc. Sentados ante una mesa, el *Piragua* y el *Lunares* se reparten el producto de un robo de alhajas, y en otra, Nicanor y el *Mosca* ingurgitan los manjares que se indicarán.

El tabernero, tras el mostrador, echa agua al vino.

PIRAGUA. — La gachí gilí de la peruchi, pa mí.

LUNARES. — Amonquili consi.

PIRAGUA. — ¡De nen! Al trincar el calé, jalé el monfis sin diquelar la trompé en merluchi ni la muy de la bofia con los bastes o con el chino.

LUNARES. — ¡Jaripé! ¡Cintruénigol

PIRAGUA. — Achanta la muy, o jalas en la trena.

LUNARES. — Tupé la malacurci. Agüeca.

NICANOR. — Oye, Mosca, ¿tú chamullas eso que dicen?

MOSCA. — Ni una *parole*, que dicen allá ande el Pirineo.

TABERNERO. — ¿Cómo lo vais a entender, si lo que hablan es caló?

NICANOR. — ¡No les dará vergüenza! Muy bien que uno afane una cartera o un longines, que de algo hay que sacar la jamancia; pero hablar en caló siendo español, ¡vamos, que eso, no!

LUNARES (en el mostrador). — Agüecamos. Apoquinando dos lucanas. Saluquí. (*Mutis con el Piragua*.)

NICANOR. — ¡Menos mal que han dicho algo en español!

MOSCA. — Oiga usted, esta tortilla, ¿de cuándo data?

TABERNERO. — Hombre, pues...

MOSCA. — Pa mí que es de antes de

la guerra, porque de estas patatas ya no las hay.

TABERNERO. — ¡Como no sea una tortilla que me se cayó a la cueva el año 1914, y que, distraído, la haiga vuelto a subir! Te pondré otra.

MOSCA. — Pero a ver si es buena...

TABERNERO. — Te respondo que está hecha la semana pasá.

NICANOR. — Pues lo que es las judías, no son muy católicas.

TABERNERO. — Natural. ¡Cómo van a ser católicas, si son judías!

NICANOR. — Hombre, no ha estao pesado. Traíganos con seltz. (*Entra la señá Nemesia*.)

NEMESIA. — Salú.

MOSCA. — ¿Un vasito, señá Nemesia?

NEMESIA. — Se agradece, Mosca; pero no me cumple.

NICANOR. — Ande, mujer, un traguito.

NEMESIA (al tabernero). — Bueno; tráeme un frasco de tinto, por no despreciar.

TABERNERO. — De la cueva lo voy a subir. (*Mutis*.)

NEMESIA. — Pues estoy hace un rato en la tasca del Gordo, y entra una señora muy empingorotá, con su chapiri y too, y que dice que se ha puesto mala, y que sólo se le quita con aguardiente.

NICANOR. — ¡Atizal...

NEMESIA. — Se toma seis medias copas, y en un descuido del Gordo, pues que se naja sin pagar. Y, además, se ha llevao doce mazdalenas.

MOSCA. — Irá a poner un convento.

NICANOR. — ¡Pa que se fie uno del chapiril... Otra cosa. ¿Ha visto usted a su sobrina?

NEMESIA. — No tardará en venir con ese panoli del hijo del senador.

NICANOR. — Me paece que hemos hecho nuestra suerte.

NEMESIA. — Así me gusta de oírte hablar, y no que lo



Dib. SILENO. — Madrid.

tomes a lo don Calderón el de la barca.

NICANOR. — Es que yo, en los dos años que llevamos de purparlere semi-conyugal, le he tomo ley a la Milagros.

NEMESIA. — Tú déjala que la empujen, y que debute, y cuenta con un Ford y con una pianola de esas que suenan con papel de los vasares. Vamos dentro, por si vienen. *(Al tabernero, que vuelve.)* Entranos el vino. *(Mutis todos. Entran Milagros y Adolfo, que es un joven elegantemente vestido.)*

MILAGROS. — Sabes que es imposible, Adolfo. No me dejarían.

ADOLFO. — A ti lo que te pasa es que estás chalá por ese sinvergüenza, que no hace más que explotarte y pegarte.

MILAGROS. — Eso, sí. Ayer me dió una torta que me sacó dos raigones.

ADOLFO. — Nada. Vivirás conmigo, debutarás y serás feliz.

MILAGROS. — No me tientes...

ADOLFO. — ¡Pero si tengo las manos en los bolsillos!

(Mutis Adolfo y Milagros. Entra una señora más vieja que los planos de la Gran Vía, pintada y empolvada y vestida cursilísimamente. Lleva un sombrero con un loro.)

SEÑORA. — ¡Ay, mi madre! ¡Ay, ay, ay!

TABERNERO. — Pero, señora, ¿qué le pasa a usted?

SEÑORA. — ¡Me muerol! ¡Ay, gracias; no es nada! Son unos ataques que me dan, amable expendedor vinícola.

TABERNERO. — ¡Caray!

SEÑORA. — ¡Ay! El caso es que, para vergüenza mía, sólo se me quita el dolor con aguardiente. ¡Ay! Una copa, pronto, una copa. Cazalla de la Sierra, ¿sabe?

TABERNERO. — Tenga.

SEÑORA. — ¡Y con lo que me repugna

el aguardientel! ¡Ay! Mozo, traiga otra copa. Mayor todavía; duplique, duplique la dosis; si no, no se me calma. ¡Qué mal sabe!

TABERNERO. — ¿Se le quita?

SEÑORA. — Cuadruple la dosis, a ver si lo consigo.

TABERNERO. — Tenga; pero lo que va usted a conseguir es una cogorza de primera. Con su permiso voy a servir ahí dentro. *(Mutis.)*

SEÑORA. — Estaba sequita. Aprovecharé para najarme. ¡Hombre, torrijas! Son mi debilidad. *(Se guarda varias en el bolso y se va tranquilamente. Entran todos los demás personajes.)*

ADOLFO. — Puesto que Milagros se ha convencido, lo de su *début* corre de mi cuenta.

TABERNERO. — Pero ¿y la del loro?

NEMESIA. — ¿Quién?...

TABERNERO. — Una señora que le había dao un ataque.

NEMESIA. — No la busque usted, porque ésa a lo que venía es a tomarse unas copas gratis.

TABERNERO. — ¡Sinvergüenza! ¡Cotorra! ¡Y se ha llevao seis torrijas!

ADOLFO. — No se enfade usted, que todo está pagao. Hoy es el día más feliz de mi vida. *(Telón.)*

ACTO SEGUNDO

Salón en el Casino del Sardinero, de Santander.

NICANOR *(viste de frac)*. — M'alegro que hayas venido, Mosca. Aquí lo pasarás pero que superior.

MOSCA. — Ya sé que tú eres un buen amigo.

NICANOR. — Pues la Milagros debutó, y ha ostenido un éxito que sonríete de

la Raquel. Fíjate, canta un cuplé que dice:

«Le esperé en la plaza de la Fuentecilla, porque era un granuja y era un arrastrao, que manchó mi honra siendo una chiquilla; por él me he quedado como una quisquilla, y me dejó sola y se fué a Bilbao.

Allí le esperé
y con un frasquito
le vitriolé.»

Al llegar aquí se gana una ovación.

MOSCA. — Bueno, chico, paeces un figurín del Aguila.

NICANOR. — El Adolfo, que nos trata bien. A mí me hace pasar por marqués entre sus amistades, y yo les quito la cartera a sus amistades.

MOSCA. — ¿Y no t'han cogido?

NICANOR. — Se creen que soy cletónamo. Anda, veñ, que te voy a convidar a una cosa que le llaman *kuski* y se toma con gaseosa. *(Mutis.)*

ADOLFO. — ¿Dónde estará Milagros? ¿Cómo?... ¿Qué veo?... ¡Mi padre aquí!... ¡Y con Milagritos!... Me esconderé.

DON SINDULFO. — Si, hija mía, es necesario que dejes a mi hijo. Estás destrozando su porvenir y el de una pobre muchacha millonaria, que morirá si Adolfo no la lleva al tálamo.

MILAGROS. — ¡Pero yo estoy que muerdo por él!

DON SINDULFO. — ¡Bah, la juventud!... El mismo no tardará en abandonarte. Haz el sacrificio por su felicidad. Después de todo, tú ya eres *Milagros la Chisperita*, la famosa *étoile*, y tienes asegurado el porvenir.

MILAGROS. — Si, sí, le amo; pero me destrozará este menudillo que llevo dentro del pecho, y me irá lejos, muy lejos, a América, a Getafe, donde pueda olvidarle. ¡Tial... ¡Tial...

NEMESIA. — ¿Qué pasa?

MILAGROS. — Que se ponga usted el chal, que nos vamos.

NEMESIA. — ¿Pero qué dices?

MILAGROS. — Eso, que nos vamos...

ADOLFO. — ¡No! ¡No lo consentiré! Lo he oído todo y he visto que me amas de veras. Vivirás conmigo, y si hace falta, legalizaremos nuestra situación. ¡Milagros!

MILAGROS. — ¡Adolfo!

NICANOR *(entrando con el Mosca)*. — ¿Y yo, qué?

ADOLFO. — Toma; que no te veamos más. ¿Dónde está mi cartera?

NICANOR. — No se moleste, que se la he birlao yo antes.

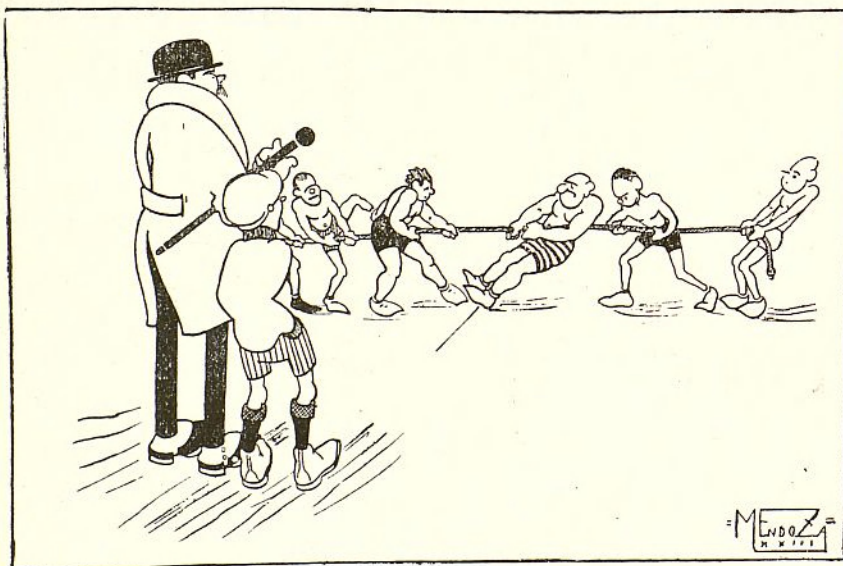
ADOLFO. — Quédate con ella y lárgate. *(Mutis Nicanor y el Mosca.)*

NEMESIA. — Y ahora, a ser felices.

SINDULFO. — Haz lo que quieras, hijo mío. Tú verás.

ADOLFO. — Nada me importa la sociedad.

SINDULFO *(aparte)*. — ¡Después de todo, a su madre la conocí yo buscándose la pulgal.



Dib. MENDOZA. — Madrid.

— Di, papá, ¿por qué no le dan media cuerda a cada bando, y así no tendrán que pelearse?

(TELÓN)

FERNANDO PERDIGUERO

ANTE EL DELEGADO GUBERNATIVO (SUCEDIDO)

El comandante señor Gómez de la Gomera, nombrado delegado gubernativo, decidió empezar sus visitas de inspección a los Ayuntamientos por el de los Arenales, y un día entró a caballo por la carretera real, se apeó a la puerta del cuartel de la Guardia civil, y al cuarto de hora de su llegada ardían en comentarios los corrillos de las *comadres* del riñete pueblecito andaluz.

— Que sí, señora, que es un militá de esos que mandan ahora y que viene a ponerle las peras a cuarto a los der Monicipio.

— ¡Cátala ahil! ¡Eso sí que está güeno! ¡Y bajará la carne?

— Ar que le va a bajá la carne es a don Celi, que va a tené que agomitá to lo que s'ha comió de los probes.

— ¡Usté ha visto ar melitá que ha venío?

— ¡Con estos ojos que se van a comé la tierra! Un generá es de los de a caballo, con dos cañones que ha dejao en la entrá de la carretera por si le jasan farta.

— ¡M'alegro! ¡Que s'aprevengan los que estén pringaos!

— Lo malo es que ese señó no se va a enterá más que de lo que quieran contarle. ¡Anda, que si me llamara a mí, ya le diría yo lo der sancristán y la confitera, lo der confitero y la sancristana, y ya se vería dónde saca er dinero pa tanto lujo la der sobrestante del hespital, y si es verdá o no es verdá que jase perras gordas farsas Juanillo el talabarterol!

— Pos yo no espero a que me llamen — exclamó la señá Manuela atándose fuertemente las cintas del delantal —. ¡Esperarme aquí, que ya güervol!

Y, rápida como el viento, entró en su casa, dirigiéndose directamente a la alcoba matrimonial, donde dormía su *tajada* diaria el bueno de su consorte, señor Pedro Pajares.

— Alevántate, Pedro.

— ¿Yo?

— Que te alevantes, que ha venío un guardia sivi de parte de un militá de caballería que acaba de llegá, disiendo que te presentes a él más pronto que ya.

— ¡Eh?... ¿Yo?... Un guardia? ¡Pero qué estás hablando?... Que me llaman a mí?... —

— A ti y a tos los sinvergüensas der pueblo. ¡Alevántate!

— ¿Pero quién es ese militá y pa qué me quiere a mí ese militá?

— Ay, hijo, ¿y yo qué sé? Disen que es un generá de esos que mandan der Dizeitorio.

Oír esto Pedro Pajares y pegar un salto de la cama, fué cosa de un instante. El hombre había sido empleado en Consumos, y desde que destituyeron al Ayuntamiento y se corrió la voz de que se iban a descubrir muchos gazapos, no las tenía todas consigo.

— ¡Manuela, por los clavos de Cristo! ¿Sabes tú algo?

— Yo no sé más que lo que te he dicho.

— ¡Manuela de mi arma, que esto es mu serio! — decía poniéndose los calcetines al revés y temblando como un azogado —. Manuela de mi vía, que me parese que te queas sin marío.

— ¡Onjalá!

— ¡No me andes con chufas, Manuela, que te tiro una botal!

— Acaba ya, y vamos a ve lo que quiere ese señó.

— ¿Vas a vení tú conmigo? Dios te lo pague, Manuela. Afusilarme, no me afusilarán. ¿Tú, qué crees?

— Anda, y no seas permaso. Ponte ya los pantalones... ¡Asil... ¡Amárratelos, hombre; toma la guita... ¡Ajajá!

— Sácame una camisa.

— ¿Qué camisa ni qué cójete que te pongan? ¡Así vas güeno!

— ¡Arsa ya!

Y poco menos que a empujones sacó de su casa la señá Manuela a su marido, y a los dos minutos estaban los dos delante del señor Gómez de la Gomera,

— A la paz de Dió. ¿Da su ilustrísima su permiso?

— Adelante quien sea.

— Dió guarde a usté.

— Y a ustedes. ¿Qué de-sean?

— Pos aquí yo... — empezó a decir Pedro Pajares.

— Tú te callas — replicó la señá Manuela —. ¿Es usté er generá que ha venío a meté en sintura a la gente der pueblo?

— Una cosa así, sí, señora.

— Pos aquí a mi marío, mar tiro le peguen, s'ha menesté que sea er primero que lo meta usté por la vereá rea.

— Usted dirá, señora — exclamó el comandante, . . .

. . . cada vez más sorprendido por la inesperada visita.

— Usté, señó generá — continuó la señá Manuela —, va a guiarse de lo que le digan los hombres, y a quien usté tiene que preguntá es a las mujeres, si no quiere usté quearse sin sabé de la misa la media.

— Pero, vamos a ver... ¿Viene usted a hacer alguna denuncia?

— Sí, señó: que estoy ya mu farta de este sinvergüensa. Que jase veinte años que estamos casaos, y ésta es la bendita hora que no he visto un reá der jorná que gana. Conque a ve cómo arregla usté esto.

— ¿Yo?... ¿Qué yo le arregle a usted?... ¡Pero, señoral...



Dib. PACHÍN. — Madrid.

— Voy en busca de Luis, pucs ya habrá terminado la carrera...

— ¿Qué carrera estudia?

— La de Cross-country

— Ni señora ni na. Usted es er que tiene que poné las cosas en su punto, porque pa argo ha venío usted aquí, o voy y se lo escribo ar rey.

— Bueno, señora — replicó el comandante *veníéndose a las buenas* —; diga usted qué le ocurre.

— Pos ya se lo he dicho, señó. Que este sinvergüenza, to er dinero que gana se lo gasta en vino, y usted verá lo que jase con él.

— Y diga usted, buen hombre — dijo el comandante —, ¿es verdad lo que dice su señora?

— No, señó.

— ¿Cómo que no, granuja, júa, em-

bustero, poca lacha, mosquito, que eres un mosquito?...

— ¡Calle, señoral!

— ¡No me callol! ¡Si lo sabe to er pueblo! ¡Si coge una tajá diaria! ¡Si no me da un céntimo! ¡Si to er dinero se lo deja en la taberna!

— ¿Qué contesta usted a eso?

— Que eso es verdá; y, lo que es verdá, yo no puedo negarlo delante de usía ilustrísima.

— ¡Está usted viendo! ¡To lo que gana se lo gasta en vino!

— ¡Eso es mentiral!

— ¿En qué quedamos? — exclamó, ya cargado, el comandante —. ¡Basta ya!

¿No confiesa usted que no le da un céntimo a su mujer?

— Sí, señó.

— ¿No confiesa usted que se emborracha todos los días?

— Sí, señó.

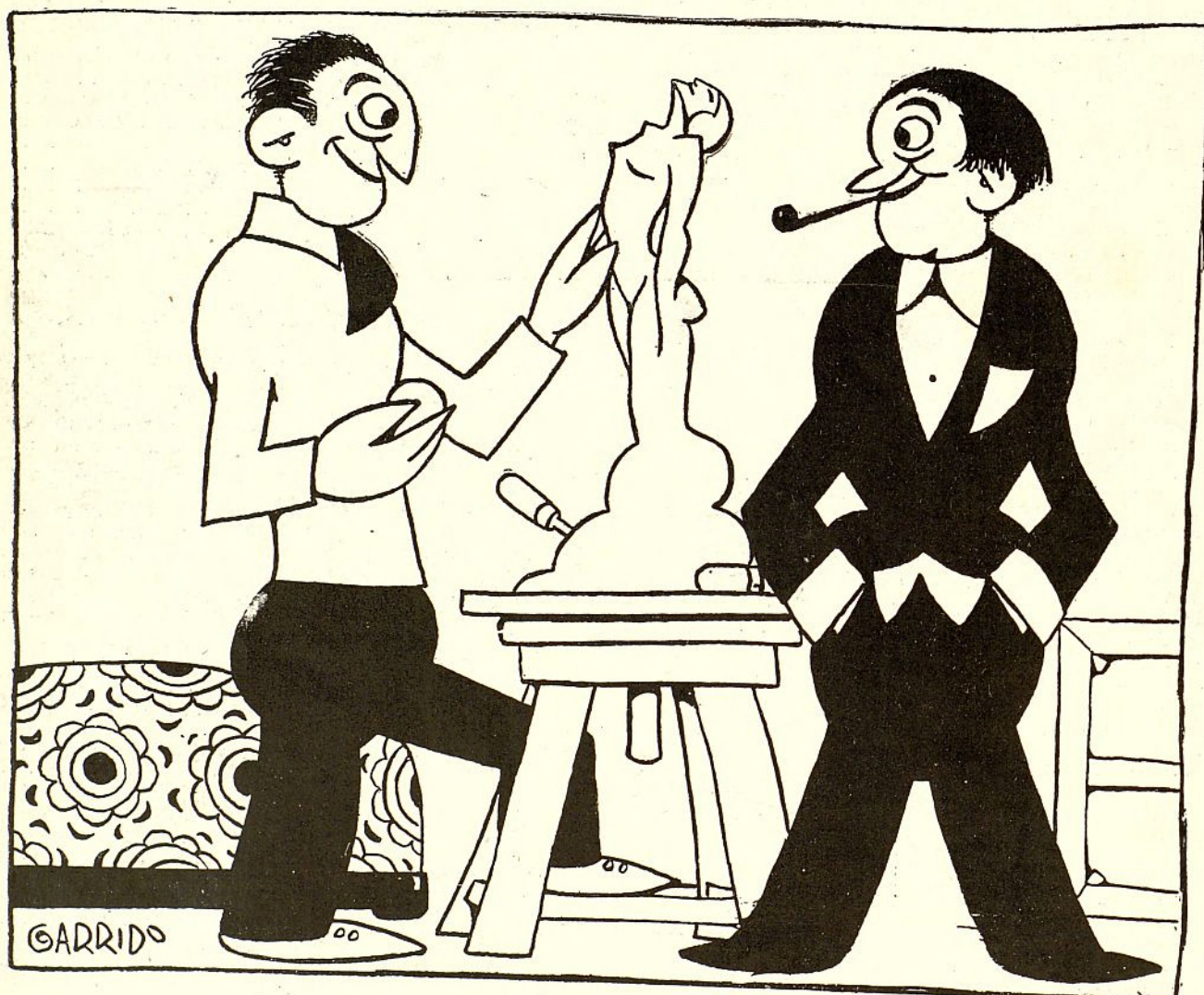
— ¿No confiesa usted que todo el dinero se lo deja en la taberna?

— Sí, señó. ¡Pero no me lo gasto to en vino!

— ¡Eso no está claro!

— ¡Pues no va a está claro, señó! ¿O es que usía ilustrísima se cree que a mí el aguardiente me lo regalan?

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— No me digas que vas a seguir trabajando, porque sé que, a la corta o a la larga, acabarás por tumbarte.

— Pues, mira, te voy a decir la verdad: acabaré por tumbarme a la larga...



Dib. BRADLEY. — Madrid.

*LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL AÑO NUEVO
Antes de la uva, en la uva y después de la uva.*

AMABILIDADES Y DESCORTESÍAS

HISTORIETA POR SANCHÁ



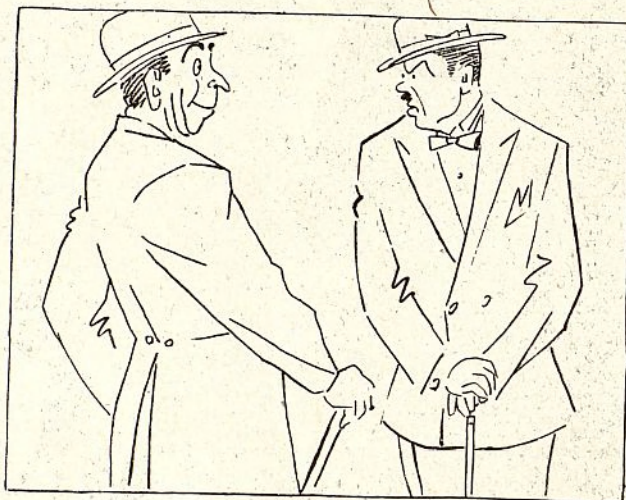
1. — LO QUE ES AMABILIDAD A LOS CINCO...

— ¿Y qué edad tiene el niño?

— Cinco años.

— Pues representa mucho más.

LA MAMÁ (aparte). — ¡Qué simpático es este caballero!...



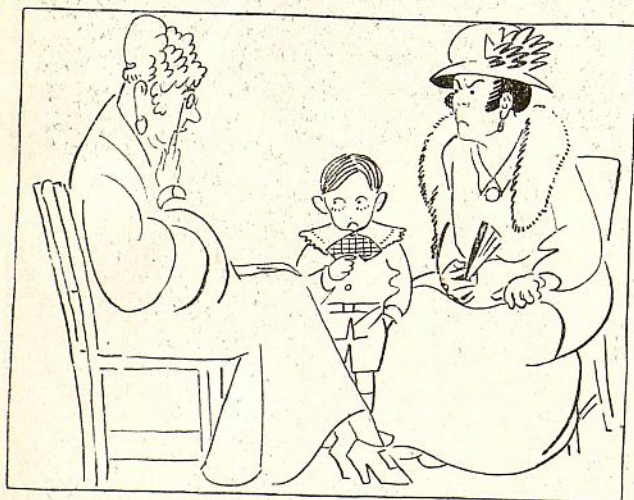
2. — ... ES DESCORTESÍA A LOS TREINTA Y CINCO.

— ¿Y qué edad tiene usted?

— Treinta y cinco años.

— Pues representa usted mucho más.

EL DE LOS TREINTA Y CINCO (aparte). — ¡Vaya un tío grosero'..



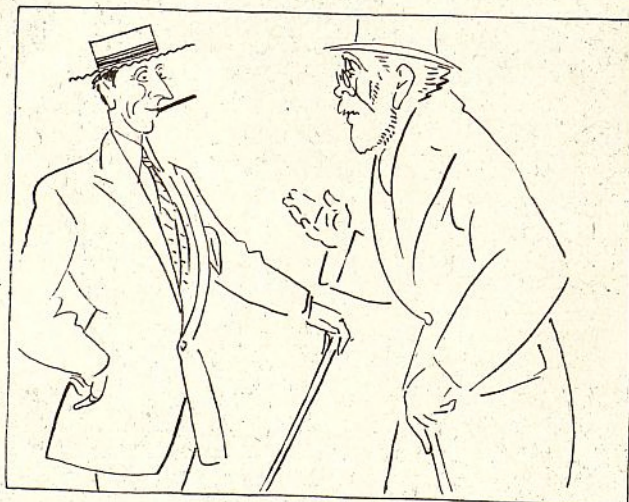
3. — EN CAMBIO, LO QUE ES DESCORTESÍA A LOS CINCO...

— ¿Qué edad tiene el niño?

— Cinco años.

— Pues representa mucho menos.

— Sí, está atrasadito. ¡Tuvo tantas amas'... (Aparte.) ¡Qué señora tan grosera!...



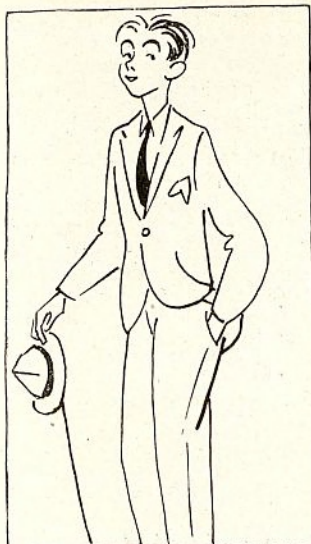
4. — ... ES AMABILIDAD A LOS TREINTA Y CINCO

— Así que, ¿qué edad tiene usted?

— He cumplido treinta y cinco.

— ¡Pues, la verdad, nadie lo diría!... Representa usted mucho menos.

(Aparte). — ¡Qué señor tan simpático'...



ASÍ, PUÉS, SI QUEREMOS SER AMABLES...

... hasta los diez y ocho hay que decir que se representa mucho más.



DE DIEZ Y OCHO A VEINTICINCO...

... con cualquiera de los comentarios que se haga, se queda bien.



Y DESPUÉS, HASTA LOS CUARENTA...

... hay que decirles, para ser amables, que no los representan.



Y DE CUARENTA PARA ARRIBA...

... con un «los lleva usted muy bien», se queda perfectamente.

LA CAZA DEL MARIDO CONSEJOS A UNA SEÑORITA

Los Consejos que di a una señora para lograr la felicidad en el matrimonio, han movido a una señorita a preguntarme lo que debe hacer para encontrar un buen marido y las condiciones que ha de reunir el elegido para serlo.

Le doy las gracias por la distinción, siguiendo una conducta contraria a la de Rubens, que no daba las Gracias ni a su padre, y contesto rápidamente.

Mi ignota y detergente amiga: Lo que usted me pide es más difícil que un finlán. Dar consejos a una señora resulta enorgulleciente en alto grado; pero dárseles a una señorita hace el pie tan pequeño, que yo, desde ahora, cuando voy a comprarme calzado, pido siempre un treinta y uno, y antes calzaba un cuarenta y tres.

Me pregunta dos cosas: *manera de encontrar un buen marido, y condiciones que el elegido debe reunir para serlo.* ¿Y usted qué cree, que yo soy infalible como la pitonisa de Delfos, la cual, gracias a la cambiante colocación de una coma, no marraba jamás? Pues no; yo me equivoco hasta multiplicando por cinco. De modo que aténgase a mis advertencias liminares: yo no voto en pro del pre.

Manera de encontrar un marido.

Le juro con los metarcapianos derechos sobre el cuarto espacio intercostal izquierdo que yo no he buscado nunca un marido. La experiencia propia, pues, no me sirve para nada en esta ocasión; pero sí va a valerme mi conocimiento de la psiquis masculina. (Los tíos expresándose con elegancia)

Sólo una regla puedo darle para encontrar marido, a saber:

No buscarlo.

El hombre se pasa media vida procurando que no le cacen con el rifle de Himeneo, y la otra media lamentando el haberse dejado cazar.

El matrimonio pone terror pánico en los descendientes de Adán, y hay que pescarlos a traición. No buscando marido se hallan en seguida quince o veinte primos iluminados que son otros tantos maridos posibles. Se elige el que es más del gusto de cada una, ya porque es moreno, o porque es de Vicálvaro, o porque usa para el afeitado el jabón Colgate's. Una vez elegido, se ahuyenta a los demás y se inician unas cuantas conversaciones con el pollo que ha desvelado el corazón de la damisela.

Temas que debe desarrollar la cazadora del marido en estas conversaciones:

Desprecio al hombre.

Amor al amor libre y al aire libre.

Oposición rotunda a la epístola de San Pablo.

Si el elegido es moreno, alto y posee gran cabellera, la cazadora debe asegurar que sólo transige con los hombres rubios, bajos y calvos.

Si él desliza alguna vez que le gustan las mujeres espirituales, la cazadora debe asegurar que ella es más material que Büchner.

Si él, ya enamorado — es fatal: sucede siempre —, pide un beso, se le arrea una bofetada que le haga dar seis vueltas. Y si insiste, se coge un paraguas y se hace partículas sobre su cafetera craneana.

En una palabra: se le lleva la contraria en todo, se le prohíbe toda concesión, y, a los tres meses, capitula el pollo, va a hablar a la familia y se casa a escape.

Regla general:

Los hombres somos como los colchones: cuantos más estacazos, más blandos.

Segunda pregunta: *Condiciones que debe reunir el elegido para ser buen marido.*

1.ª Ser fec. A los hombres guapos no les pueden aguantar ni sus amigos.

Y si son bonitos, hay que acabar por escabecharlos.

2.^a *Ser pobre.* El hombre rico cree que todo el planeta es de su exclusiva propiedad. Y su mujer, una alfombra de peluche.

3.^a *Ser trabajador.* Porque si es pobre y es vago, la vida a su lado es la catástrofe del Machichaco.

4.^a *Ser modesto.* Para el hombre envanecido, la esposa tiene menos valor que un pusilánime.

5.^a *Ser espiritual.* Uno que no lo sea, jamás tendrá delicadezas para su mujer. Es muy fácil probar en un momento si el hombre es espiritual o no: basta con preguntarle si le gustan los callos. Si no le gusta comer callos, es espiritual; pero si los callos le gustan, puede asegurarse que tiene por alma una escofina.

6.^a *Ser justo.* El hombre que no es justo, es que le sobra o le falta algo.

7.^a *No usar lentes.* El que usa lentes no puede amar, porque el cristal es un aislador.

8.^a *Ser alegre.* Si no es alegre, es malo o sufre del hígado: dos cosas terribles.

9.^a *No bailar la sardana.* El hombre que baila la sardana nunca hace feliz a su mujer.

10.^a *No descifrar charadas ni pasatiempos.* Aquel que tiene paciencia para descifrar charadas, es capaz de numerar los terrones de azúcar que se consumen en su casa al año.

11.^a *No hacer conquistas fácilmente descubribles.* Porque eso indica falta de habilidad.

12.^a *Tener imaginación.* Porque un hombre sin imaginación dice siempre

las mismas flores a su mujer, y, además, no sabe desenvolverse en la vida.

13.^a *Que tenga todos los vicios, sin dejarse dominar por ninguno.* Los virtuosos no resultan más que interpretando la *V sinfonía* beethoveniana.

Creo, señorita, que no hallará usted el hombre que reúna esas condiciones. No lo hallará en España. El hombre español no suele ser buen marido. Así es que quédese soltera, o busque su marido en el Níger.

Pero procure que no sea caníbal, porque usted debe ser muy bonita, y se la comería, como lo haría con gusto su seguro servidor

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

TEATRO CÚBICO- INFINITESIMAL

(Consecuencias de Pirandello
y Einstein.)

Transcribimos, sin permiso de su autor, un fragmento de un drama modernísimo, que está para estrenarse, y que no se estrenará, en el cual se echan de ver las fatales influencias de las recientes visitas de los dos genios, que se han puesto de moda en Madrid, Carabanchel y Leganés (y sobre todo en este último punto) en el año recientemente fallecido.

El drama, que se titula *Seis desgraciados en busca de casa*, no tiene desperdicio; pero en la imposibilidad de reproducirlo entero, damos una escena, y la damos gratis, y aun así tememos que el público nos pida que le devolvamos el dinero o que le demos una satisfacción.

La escena dice así, suponiendo que lo diga:

EL BARÓN (entrando en el dormitorio de la baronesa súbitamente, provisto de una luz de bengala, y furioso como un tigre de *idem idem idem*). — ¿Tú?... ¿Y en la cama?... ¿Duermes?...

LA BARONESA. — No.

EL BARÓN. — ¿Velas?

LA BARONESA. — Sí.

EL BARÓN. — ¿Por qué no dormías?

LA BARONESA. — Porque no tenía sueño.

EL BARÓN. — ¿Y por qué velabas?

LA BARONESA. — Porque tampoco tenía sueño. (Aparte.)

(Esto, aunque se repite, no es una morcilla! ¡Es de la obra!)

EL BARÓN. — ¡Tú hablas entre dientes! (Con furor.)

LA BARONESA. — ¡Eres un cretino, barón!... ¡Los discursos de Ossorio te han hecho de tablas el cerebro!... ¡Mal puedo hablar entre dientes, cuando tengo la dentadura en el cajón de la mesa de noche!

EL BARÓN (abriendo el cajón). — ¡Ah! ¡No está completa! ¡Aquí falta algo!



Dib. ALONSO. — Madrid.

— *Estarás contenta, ¿no? Ya tienes una hermanita...*
— *No es una hermanita.*
— *Entonces, ¿es un hermanito?*
— *Tampoco.*
— *¿Pues qué es?*
— *Papá dice que es un contratiempo...*

CHISTES INDUSTRIALES Y COMERCIALES

O

EL BUEN HUMOR EN LOS ESTABLECIMIENTOS MADRILEÑOS

EN UN ALMACÉN DE ANTIGÜEDADES

UN INGLÉS (que, como verán ustedes en el transcurso del diálogo, habla el castellano que es un asombro). — ¡Señor anticuario, yo soy más caprichoso que un traje de Raquel Meller, más ilustrado que la Enciclopedia Espasa, y más rico que un plato de arroz con leche! ¡Quiere esto decir que, como tengo pasta y buen gusto, deseo adquirir una cosa de las más antiguas que haya, con el fin de dar que hablar a mis amigos de Liverpool, para donde saldré la semana que viene, si el tiempo no lo impide, y si lo impide, también!...

EL ANTICUARIO. — ¿Y dice usted que desea una antigüedad notable?

EL INGLÉS. — Sí, señor. ¡Pero muy antiguo! ¡De lo más antiguo! ¡Antediluviano, si puede ser! ¡Pago más que nadie!

EL ANTICUARIO. — Poseo un retrato de Francos Rodríguez cuando tenía un año. No hablaba todavía...

EL INGLÉS. — ¡Qué suerte la de los que le conocieran entonces!... ¡Pero quiero algo más viejo aún!

EL ANTICUARIO. — Tengo una silla de don Pedro el Cruel. Si se lleva usted esta silla y le visita uno de sus amigos...

EL INGLÉS. — Lo siento...

EL ANTICUARIO. — ¡Y estará comodísimo y muy honrado en ella!

EL INGLÉS. — ¡Digo que lo siento, pero que no me hace la silla!... ¡Una cosa todavía más antigua es lo que quiero!

EL ANTICUARIO. — Tengo las tijeras con las que se cortó el primer traje (y el último) de don Valeriano Weyler.

EL INGLÉS. — ¡Algo más viejo todavía, si buenamente puede ser!

EL ANTICUARIO. — ¡Una copia de la fe de bautismo de Loreto Pradol!

EL INGLÉS. — ¡¡Caramba! ¡¡Empiezo a entermecermell! ¡¡Creo que encontraremos por fin lo que yo deseo! ¡Pero, aunque parezca un poco absurdo, deseo que sea más vieja todavía la adquisición que haga!...

EL ANTICUARIO (abrumado). — ¡Un guardapelo con un rizo del Gallo tengo también!

EL INGLÉS. — ¡Yo creía que don Rafael Gómez no había tenido pelo nunca!... ¡De todas maneras, no le tomo a usted el pelo!... ¡Sigamos remontándonos a antigüedades mayores!...

EL ANTICUARIO. — ¡Una hoja de calendario con un chiste original de Noé, que, por cierto, le han aplaudido a Muñoz Seca la semana pasada!

EL INGLÉS. — ¿Cuánto vale ese chiste?

EL ANTICUARIO. — Como valer, no vale dos pitos: se paga la antigüedad...

EL INGLÉS. — ¡Insisto en pedir algo más viejo!

EL ANTICUARIO. — ¿Usted quiere una cosa vieja, vieja..., pero vieja de verdad?

EL INGLÉS. — Exactamente.

EL ANTICUARIO. — ¡¡Pues no tiene usted más solución que marcharse a la estación del Norte y preguntar si le venden un coche de los que ponen en el correo de Galicia!... ¡¡Más viejo que eso no hay más que la pulsera de pedida que le regaló Adán a Eva..., y aun hay dudas en favor de los coches, y muy fundadas, por ciertoll!...

EN UNA TIENDA DE TEJIDOS

UN CABALLERO. — ¡Vengo por las tres varas de tisú de seda que dejó encargadas mi señora, que hoy no puede venir, porque está en un té benéfico!

UN DEPENDIENTE (bastante confiado y campechano con el parroquiano). — ¡Y yo celebro infinito que sea usted el que venga, señor conde, porque se va usted a llevar la pieza entera, que son cuatro varas, y, además, este pañuelo rojo de Manila, que le trae loca a la señorial!

EL CABALLERO. — ¡No, Regúlez, no! ¡No me tiente usted, que soy demasiado blando, y luego me indigna amansarme!... ¡Tomaré las cuatro varas; pero es para que no saque usted el pañuelo colorado!...



Dib. BADALÉN. — Madrid.

— Si, señor, este mes he tenido dos premios.

— ¿Y de qué han sido?

— Pues el uno de memoria, y el otro..., ¡del otro no me acuerdo!...

EN UNA CARBONERÍA

UNA CRIADA (a un dependiente que, aunque es de Lugo, es un humorista). — Pero oye, chico, ¿tampoco tenéis cisco hoy?

EL DE LUGO. — No, rica. ¡Y lo siento, por los paseos que te cuesta; pero el Sumo Hacedor lo ha dispuesto así!...

LA CRIADA. — ¿Y se puede saber cuándo va a haber cisco en esta casa?

EL DE LUGO. — ¡En cuanto el amo se entere de que su mujer se escribe con un primo que tiene en Cangas de Tineo, lo hay, y gordol!

EN UN RESTAURANTE BARATO

UN BOHEMIO (sentándose en una de las mesas, mejor dicho, en una de las sillas que hay al lado de las mesas, dando dos palmadas y hablando amabilísimamente al camarero que se acerca). — ¡Oiga usted, simpático mozo!... A esos sinvergüenzas que piden de comer y luego no pagan, ¿qué perjuicio les puede venir mandándoles detener por los guardias?

EL MOZO. — ¡Ah, no lo sé; pero yo, al que me hace eso, no le mando a la Comisaría!

EL BOHEMIO. — ¿Ah, no?

EL MOZO (con furor). — ¡Al que a mí me haga eso, le doy una tanda de bofetás, y a otra cosa!

EL BOHEMIO (sonriente y encantado). — ¡Pues me va usted a traer una sopa, un bisté, una tortilla, postre, pan y vinol!...

EL MOZO (escamado). — ¡Y usted me va ha hacer el favor de pagarme adelantao!...

EL BOHEMIO (presentándole la mejilla derecha). — ¡Pues empiece usted a sacudir estopa!...

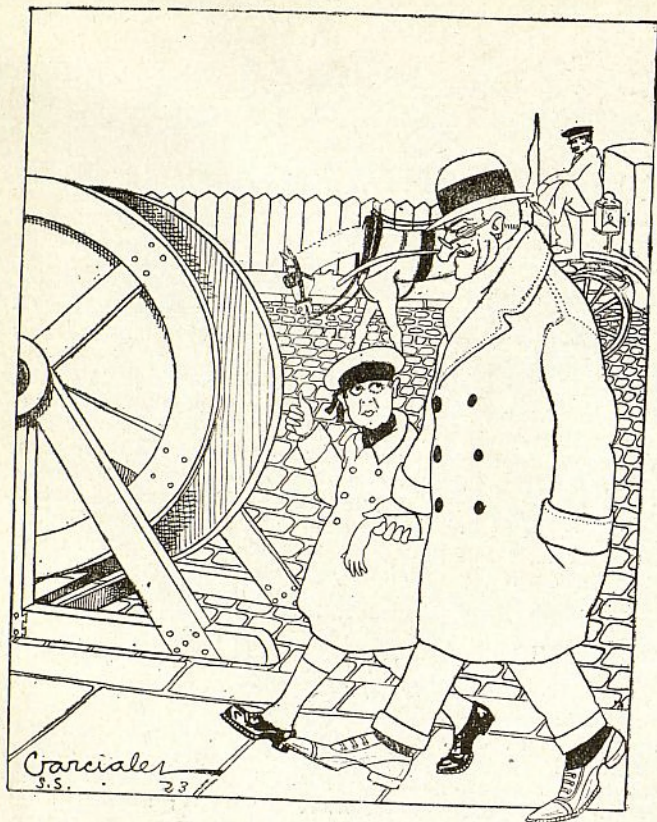
EN UNA RELOJERÍA

UN DEPENDIENTE (deseando que llegue el momento de cerrar el establecimiento, y hablando con un compañero mientras los mil relojes de la tienda andan, unos con garbo, otros sin prisa y otros con cierta fatiga). — ¡Oye, Jareño, me parece que ya podemos cerrar!... ¡Hay que cumplir escrupulosamente la jornada mercantil!

JAREÑO. — ¿Qué hora será?

EL PRIMER DEPENDIENTE. — Debe de ser ya la hora. ¡Pero, para mayor seguridad, vete a la zapatería de más arriba y pregúntalo!...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. GARCÍALEZ. — San Sebastián.

EL NIÑO. — ¡Hay que ver! Este carrete sin hilo y tan grande, ¿para qué sirve, papá?

EL PAPÁ. — Para la telegrafía sin hilos.



Dib. GARRÁN. — Madrid.

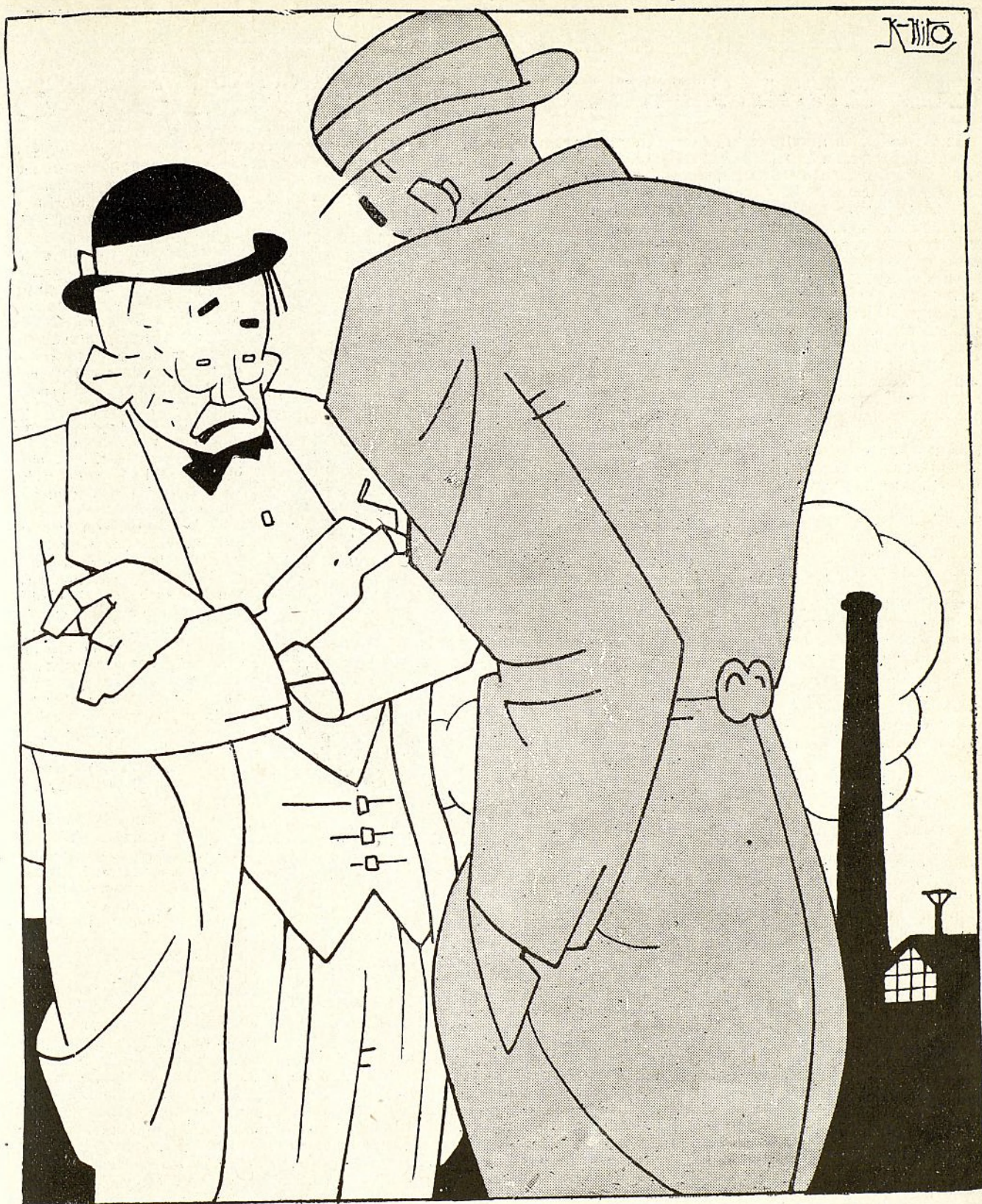
— ¡Mira qué mono! ¿No te he dicho que me molesta la música? ¿Para qué tocas la trompa?

A UNA TETERA

«Madrid y diciembre. — Querida Piedad:
Me escribes mostrando
terrible ansiedad,
después de seis meses de lo del Japón...
(de aquel terremoto
de tanta emoción),
y paso a escribirte con todo interés,
después de besarte
con gusto los pies.
Tú nunca sentiste ni un leve dolor
por el estropicio
debido al temblor,
ni porque en Tokio no hubiera un mortal
que salvo saliese
de aquel temporal.
¿Que tú lo lamentas?... Supongo por qué;
porque desde entonces
no tomas buen té.
Si tú merendabas con té del Japón,
hallándose en ruinas
aquella nación,
sin duda tú temes que no envíen ya
buen té, y que te chinchén
por culpa de Alá.
Pues bien: yo te digo que siguen, lo sé,
los japonesitos
mandando buen té,
aun cuando se ocupen con todo fervor
en ir reviviendo,
después del temblor,
de aquella hecatombe, que no fué, en verdad,
ninguna verbena,
querida Piedad!
¿Sin té del de siempre no puedes vivir?
Vendrá de otras partes,
¿pues no ha de venir?...
¿No sabes ni jota del té aragonés?
Pues tiene el aroma
del té japonés.
Y en último caso: si no ha de llegar,
la cosa de fijo
se puede arreglar,
tomándote tazas calientes de flor
de malva, que al menos
provoca el sudor.
Y ten el consuelo, ¡oh amiga sin parl,
de que ese té rico
que sueles tomar,
jamás ha venido de allá, del Japón,
pues viene de casa
del químico Antón,
que lo hace con hojas de pampirulín,
arbusto que crían
en Majalandrín.
Perdona, querida, que en esta ocasión
deshaga de un golpe
tu grata ilusión,
y ya que le invitas a un té con afán,
irá de teteo
tu amigo

Don Juan.»

Por la copia,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. K-Hiro. — Madrid.

- ¡Hombre! ¿Qué te pasa en la cara?
- Nada; que me desalié ayer con Rodríguez.
- ¿A sable?
- No; a ver quién se ateitaba solo en menos tiempo...

DELIKADEZAS

EL EMBUTIDO Y EL INTELECTO

Un día surgió en nuestra tertulia un tema de importancia. La tertulia estaba en el café. ¿Dónde han de surgir, sino en el café, los temas de importancia?

Se había estado discutiendo acerca de si las naciones tenían o no tenían sus características esenciales y distintivas, ya sea en pro, ya en contra, y, al llegar a los alemanes, un amigo nuestro afirmó: si los alemanes tienen determinadas manifestaciones que sólo pueden ser de un alemán, se debe simplemente a la alimentación favorita de Alemania: el embutido. La alimentación produce sobre los espíritus determinadas influencias, y como los alemanes han escogido una nutrición tan maciza, de ahí los resultados. La psiquis, mariposa, no puede volar si lleva un salchichón en el estómago. No es posible que tengan el mismo espíritu, ni siquiera el mismo *esprit*, los hombres que ingieren, por ejemplo, manzanilla, que los que ingieren, por kilos, butifarra, y la riegan, a cubos, con cerveza. El vino tiene *espíritu*, y es en su origen uva; pero la morcilla es cerdo, y la cerveza, cebada. Imposible que uno y otro elementos puedan dar iguales resultados anímicos.

Ya sabemos, desde luego, que el pueblo alemán es un prodigio de sistema; de método, de organización; pero se da el caso, por ejemplo, de que en la puerta de las aulas de una universidad haya, empujadas en la pared, unas bandejas de metal acanalado, con sus numeritos correspondientes en cada canalón, a fin de que, ¿de qué dirán ustedes?... de que cada ciudadano que vaya a las conferencias o a las clases pueda dejar el cigarro, a la entrada, en cualquiera de aquellos canalones, y pueda recogerlo después, a la salida. Admirable, sin duda, la organización previsor de un Estado que llega a proteger incluso las colillas de cada ciudadano, y espera a éstos, cuando asisten a las sesiones de cultura, para decirles con solicitud paternal a la salida: «La colilla de tu cigarro, hijo mío, es la catorce.» Admirable, sin duda; pero si no comieran unas morcillas tan enormes, quizás no se expusieran con tanto aplomo estoico a la eventualidad de confundirse de número al recuperar el cigarro y marcharse

chupando el diez y seis en vez del quince. Sabemos todos, sí, que Beethoven, y que Mozart, y que Kant, y que Hegel han sido lo que han sido; pero, con todo, hay otros que han hecho cosas como ésta: y nos enseñó unas láminas, que no nos atrevemos a publicar aquí, por buen humor que sea el nuestro... No se figu-



ren ustedes que se trata de asuntos deshonrados ni de estampas de clandestinismo soez, no; nada de eso. Una de ellas fué publicada a todo color, en doble plana central, por el *Jugend*, la revista de arte de más circulación, como saben ustedes, de Alemania. La obra es de Adolfo Münzer, uno de los maestros, como saben ustedes, del arte decorativo alemán contemporáneo. La estampa representa una mujer teniendo en alto un cerdo, que arroja por un extremo y otro de su cuerpo sendos chorros de vino, chorros que reciben en la boca,

a un extremo y otro del *panneau*, sendos hombres, uno hacendado y otro menesteroso... Se trata, pues, como ustedes ven, de una *anacreontica* humorística: ante el vino todos los hombres son iguales, y con la misma unción se acercan a la fuente adorada para recibir en el gáznate el sacro mosto. La idea es exactísima, y la realización pictórica de la idea es armoniosa, diestra y bella; pero ante la estampa nos preguntamos todos: ¿Qué necesidad tendría el pintor de poner como recipiente de vino precisamente un cerdo, y no, pongo por caso, un odre o pellejo cualquiera de vino, simplemente? Para el caso hubiera sido igual, y no hubiera ocurrido, en cambio, lo ocurrido: que haciendo salir uno de los chorros de vino por el hocico del animal, tenía que sobrevenir un conflicto al verse el autor en la forzosa, por razón de simetría, de hacer salir el otro chorro por el extremo correspondiente. Y aunque el autor trató de hacer una incisión en la nalga del cerdo para que el chorro saliera por aquí, como no hay ni un centímetro de diferencia entre una salida y la otra, y la incisión la hizo por la parte interior de la nalga, el efecto *ocular* no resulta de un decorativismo muy distinguido, que digamos.

La otra lámina es de Müller. Llegado este maestro, Richard Müller, al apogeo de su fama, publicaron en Dresde un magnífico libro reuniendo su obra numerosa, vendida toda ella a personalidades de importancia; y en ese libro hay un *scherzo* gráfico, que el autor llama *Ironía acerca de la moda*. Quiere el autor comentar de un modo humorístico y gráfico la tendencia de algunos hombres a engalanarse con plumas ajenas, y no se le ocurre nada más espiritual que dibujar un desnudo de hombre, excelentemente dibujado, sí, pero vuelto de espaldas y con una pluma de pavo real introducida... en salva se a la parte. Con decir a ustedes que en BUEN HUMOR ni a título de curiosidad se han atrevido a publicarlo...

De eso tiene la culpa el embutido, y sólo el embutido. El despacho de salchichas al por mayor y del tamaño que indica el dibujo tiene que influir en el calibre de las ironías y de las sonrisas.

Enmarcada la visión de la manera que nos enseña el segundo dibujo, tiene que hacer variar, por fuerza, la interpretación del panorama.

La experiencia lo corrobora; cuando vemos, ya sea en pleno andén de una estación, ya en mitad de una calle, o en el buffet de un teatro, a un respetabilísimo *herr professor* disponiéndose a manducarse tres o cuatro morcillas rubicundas, rosáceas, prietas, gordas, y vemos al mismo tiempo en el morrillo del distinguido catedrático una doblez carnosa, estallante, sanguinea, sonrosada, igual en forma y en color a la morcilla, imposible dudar ya de que la tesis mía está en lo cierto: de que por pesado que sea el embutido, se le ha subido, quíeráso que no, a la cabeza.

Sólo desde el punto de vista de esta hipótesis puede comprenderse igualmente esa costumbre de los estudiantes alemanes, tan incomprensible si no... Todos sabemos ya, aunque tal vez no lo suficiente, que los estudiantes alemanes tienen el gusto de desafiarse por nada

y llevar a cabo unos duelos especiales, en los que se protegen previamente para que no puedan recibir en la lucha heridas de peligro, ya que la finalidad única del duelo consiste en darse tajos en las mejillas o en mitad del cuero cabelludo, a fin de poder luego, cuidando de que cicatricen mal las cortaduras, ostentar con orgullo en mitad de la cara unos costurones mal cosidos. ¿Cómo explicarse que nadie se complazca en la exhibición de un destroz facial semejante, destroz que ni siquiera corresponde a ningún arranque heroico ni a ningún hecho de valor? Sólo se explica con mi hipótesis, pensando que la butifarra se subió a la cabeza de los tales, y necesitada — nostálgica — de sentir otra vez la cuchilla del carnicero, indujo a sus dueños al desafío para darse así el placer de recibir unos cuantos tajos. Teoría de la reminiscencia llamaría a esto Platón. La morcilla del cogote o de los mo-fletes de cada futuro profesor sentirá, al recibir el corte de la cuchilla, la misma íntima delicia de los tiempos pasa-

dos, cuando la butifarra se ostentaba triunfal en el mármol del charcutero y era cortada a cuchilladas en apetitosas rodajas.

No busquen más, ni se cansen en dilucidar, si los alemanes son o no peores que los demás seres de la tierra; son tan excelentes o tan tontos como todos los demás seres del mundo; pero comen más morcillas que los otros, y la borrhachera de morcilla propende con más facilidad que cualquiera otra al espíritu de la pesadez, a que Nietzsche aludía. Por eso, y nada más, resulta luego esa abundancia de *kaes* tan alarmante y sintomática que se observa en el idioma de Germania. Cuando un pueblo escribe con *k* delikadeza y con *k* bis koketería, se acaba concibiendo el arte decorativo y las ironías tan fuera de lugar como en esos grabados de que hablábamos antes.

Hay que tener cuidado con lo que se come, que de lo que se come, se cría.

MANUEL ABRIL

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL RECLUTA MÁS PEQUEÑO DE FRANCIA, por Max y Alex Fischer.

El señor Macheux, cuando dirigía la palabra al más joven de los trabajadores de su granja, en vez de decirle: «¡Haz esto, Jacinto! ¡Haz aquello, Jacinto!», le decía siempre: «¡Haz esto, Alto como tres manzanas! ¡Haz aquello, Alto como tres manzanas!»

Jacinto Letoche merecía, en realidad, este apodo. Cuando cumplió trece años, su madre le había medido, y tenía en esta época un metro veinticinco, exactamente. Desde entonces no había crecido ni un palmo.

El 5 de mayo del último año cumplió los veintinueve, y tuvo que presentarse delante del Consejo de Revisión.

Tacetioux, el primer mayor, que le examinaba, exclamó:

— Por lo visto, ignoras que hace ya tiempo que no admitimos niños en el ejército.

No menos espiritual, el segundo mayor, volviéndose hacia el sargento de reclutamiento, declaró:

— Sargento, búsqume una lupa; creo que tengo alguien aquí delante, pero no estoy muy seguro.

Jacinto hubo de ser aplazado para nueva revisión.

Al día siguiente, 6 de mayo, estaba liando haces de paja, ayudado por su colega Juan Bautista, cuando el señor Macheux vino hacia ellos muy emocionado. Traía en la mano un número del *Petit Quotidien*. Encabezando la cuarta columna de la segunda plana, se encontraba en dicho periódico el letrero siguiente:

«El recluta más pequeño de Francia.»

Uno fotografía más abajo, con un pie que aclaraba:

«Instantánea obtenida por nuestro corresponsal, a la salida del Consejo de Revisión, del recluta Jacinto Letoche, que se presentó ayer ante el Consejo de Dijon, y que será el recluta más pequeño del cupo presente. Mide un metro veinticinco. Pesa treinta y siete kilos. Ha sido considerado como inútil para el servicio. Parece poco probable que en los doce meses que faltan para una nueva revisión crezca de un modo exagerado. Será, pues, rechazado definitivamente.»

Al otro día, 7 de mayo, Jacinto y su colega Juan Bautista estaban dando de comer al ganado, cuando el señor Macheux vino hacia ellos muy emocionado. Ya en el establo dijo:

— Mira, una carta para ti, Jacinto. Decididamente, todo el mundo se ocupa de ti. No sé qué pueda ser. En el sobre pone «Gran Circo de Dijon».

Jacinto abrió la carta. Con voz temblorosa leyó: «Señor: Acabamos de ver su fotografía en el

Petit Quotidien. Hubiéramos deseado poderos ofrecer inmediatamente un contrato en el Gran Circo; pero compromisos anteriormente firmados no nos lo permiten.

«Sin embargo, si en el mes de mayo próximo, cuando por segunda vez vaya a presentarse al Consejo de Revisión, no ha crecido usted, tendríamos mucho gusto en aumentar con usted nuestra *troupe*. Le pagariamos 500 francos al mes. Aparecería usted en el número titulado *El recluta más pequeño de Francia*, con uniforme de fantasía y montando el elefante más grande del mundo.

«Quedan de usted afectísimos», etc.



ULTIMATUM

- No, señora. No puedo soportar el carácter del señorito.
- ¡Entonces, no me queda más remedio que divorciarme!

(De *Le Matin*, de París.)

Desde hacía diez años Juan Bautista trabajaba, en compañía de Jacinto, en casa del señor Macheux, y nunca se privaba de recordar a su amigo lo exiguo de su talla.

Cinco veces por día solía decirle:

— ¡Eh, cuidado! ¡Agárrate, que vas a dar con la frente en la puerta de la cochera!

Unas diez veces por día, sobre poco más o menos, le decía cosas parecidas, molestándole así continuamente.

Pero el 7 de mayo, desde que oyó la carta dirigida por el circo de Dijon a *Alto como tres manzanas*, su conducta cambió radicalmente. Se abstuvo en absoluto de sus bromas, y no cesó de murmurar entre dientes:

— ¡No hay derecho! ¡Dentro de doce meses, esta pulga de hombre ganará seis francos! ¿Qué digo seis francos? ¡Seis sesenta y cinco diarios, por pasearse encima de un elefante! ¡Y yo, en cambio, que soy un buen mozo, continuaré trabajando doce horas diarias, como un animal, para reunir treinta francos a fin de mes! ¡No hay derecho!

La envidia de Juan Bautista no tardó en cambiarse por otros sentimientos menos inocentes.

Dos días después, el 9 de mayo, odiaba a Jacinto; el 11, lo detestaba; el 13, lo execraba francamente; el 15, pensó:

— ¡No puede ser, no puede ser eso! ¡Yo continuaré así toda la vida, y ese sinvergüenza, porque es un mamarracho, se chupará la gran vidal!

No acariciaba más que una ilusión: la de ver a *Alto como tres manzanas* crecer, para que fuera irrealizable su contrato en el circo de Dijon; pero Jacinto no había crecido nada en nueve años, y no podía esperarse un desarrollo súbito.

Para los campesinos, los viejos son como pozos de ciencia, y por ello Juan Bautista comenzó a buscar la sociedad de los octogenarios. Regularmente, cada diez minutos preguntaba:

— ¿Sabe si hay algún medio para crecer?

Regularmente, el viejo le miraba de arriba abajo, y le decía:

— ¿Para qué quieres crecer? Eres ya bastante alto. Pero si quieres crecer, toma sopa, mucha sopa.

Durante la primera quincena de abril, cada vez que se sentaba con Jacinto en el patio de la granja, para la comida, vertía apenas media cucharada de sopa, y se arreglaba de modo que Jacinto ingiriese todo el contenido de la sopería.

Jacinto tomó sus cien litros de sopa sin haber crecido una pulgada.

Otro día preguntó al veterinario, que había acudido a visitar una mula que cojeaba.

— ¿Un medio para hacer crecer? Si, sé uno. No hay otro. Cada vez que llueva, sal a pelo por el campo.

Al día siguiente estalló una horrible tormenta. El señor Macheux gritó:

— ¡Por vida de...! ¡Jacinto, Juan Bautista! ¿Vais a dejarse pudrir todo el heno ahí afuera?

Jacinto buscó por todas partes su gorra, y no la encontró.

— ¿Qué esperas, animal? ¿Te hace falta para-guays, acaso? ¡Vamos, ven!

Durante toda la segunda quincena del mes de abril la gorra de Jacinto tuvo una inexplicable tendencia a desaparecer. En cuanto el cielo se encapotaba, Jacinto no tenía más remedio que salir descubierto. Había agarrado ya tres constipados; pero no había conseguido crecer ni un centímetro.

En otra ocasión, en la ciudad, Juan Bautista preguntó a un médico.

— ¡Hombre, para crecer no hay nada! Hasta el presente, la ciencia no ha descubierto ningún tratamiento racional para obtener resultado. Algunos extranjeros dicen que la gimnasia sueca; las

tracciones sobre el cuerpo de un ser muy joven podrían ser eficaces...

— ¿Tracciones? ¿Qué es eso?

— Suponga usted que tiene que alargar una sustancia tierna estirándola metódicamente. Esto es muy delicado y muy difícilmente realizable.

Dos horas después, de vuelta a la granja, *Alto como tres manzanas* tenía ya un pie sobre el cuarto travesaño de la escalera.

— ¡Espera, Jacinto! — le gritó Juan Bautista.

— ¿Para qué?

— Tengo ganas de hacer una apuesta contigo. ¿Tú ves bien el octavo travesaño de la escalera? El que está a la altura de tus manos... Pues bien: te apuesto dos francos a que si te agarras a la escalera y yo te tiro de los pies, tendrás que soltarte. Cinco minutos duró la prueba. Juan Bautista se colgó con todo su peso de los pies de Jacinto, sin que éste soltase las manos.

Todos los días repetían la apuesta. Juan Bautista alababa a grandes voces la enorme resistencia física de Jacinto, con objeto de halagar su vanidad; pero Jacinto no crecía.

— ¡Ira de Dios! — pensaba Juan Bautista —. ¡Si fuera de hierro, no tardaría tanto en estirarse!

Ya desesperaba Juan Bautista de obtener el crecimiento de Jacinto por todos los medios imaginables, cuando una mañana de septiembre Jacinto no apareció en la granja, retenido en la cama por una fiebre altísima. Tres semanas después, cuando Jacinto reanudó sus trabajos, parecía muy triste.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Juan Bautista.

Jacinto no contestó.

De pronto, después de haberle mirado atentamente, Juan Bautista exclamó:

— ¡Si parece que has crecido, muchacho! ¿Será posible?

— Sí. He crecido. Ahora tengo ciento treinta y un centímetros.

— ¡Hombre, créeme, lo siento por tí!

Como los crecimientos tardíos son más energéticos, la naturaleza de Jacinto había tomado su revancha. Jacinto crecía con una rapidez extraordinaria. Si se hubiese tenido la paciencia de mirarlo un día entero, se le hubiera visto crecer. Bien pronto midió ciento cincuenta centímetros. Juan Bautista, desde entonces, dejó de interesarse por su crecimiento. Apenas no se fijó de que a fines de octubre tenía la altura de un metro sesenta y dos. Casi no se dio cuenta de que a mediados de noviembre media un metro sesenta y seis. Ni se fijó en que hacia fin de enero era ya de una talla poco común. ¡Media un metro setenta y siete!

El 12 de mayo se presentó Jacinto por segunda vez en el Consejo de Revisión.

Facetieux, el mayor, con su delicioso ingenio militar, se volvió al sargento de reclutamiento:

— ¡Sargento, vaya a buscarme un catalejo marino, por favor! Me doy cuenta de que tengo delante de mí un ciudadano, porque veo sus piernas y muslos; pero querría ver su rostro.

Jacinto Letoche había sido rechazado por merecer el apodo de *Alto como tres manzanas*, y volvió a serlo por merecer el mote de *Alto como tres mil manzanas*.

Ayudado por Juan Bautista, Jacinto estaba limpiando la cuadra, cuando llegó todo emocionado el señor Macheux, llevando en la mano un número del *Petit Quotidien*.

— ¡Un nuevo retrato de Jacinto en el periódico! Este nuevo retrato tenía un pie, que decía:

«Jacinto Letoche se presentó ayer ante el Consejo de Revisión de Dijon, y resulta ser este año el recluta mayor de Francia. Mide un metro noventa. Pesa noventa y un kilos.»

Juan Bautista y Jacinto se ocupaban esta mañana en dar pienso a la mula, cuando llegó el señor Macheux:

— ¡Una carta para ti, Jacinto!... ¡Se vuelven a ocupar de ti, y, como el año pasado, el sobre es del circo de Dijon!

Jacinto abrió temblorosamente y leyó:

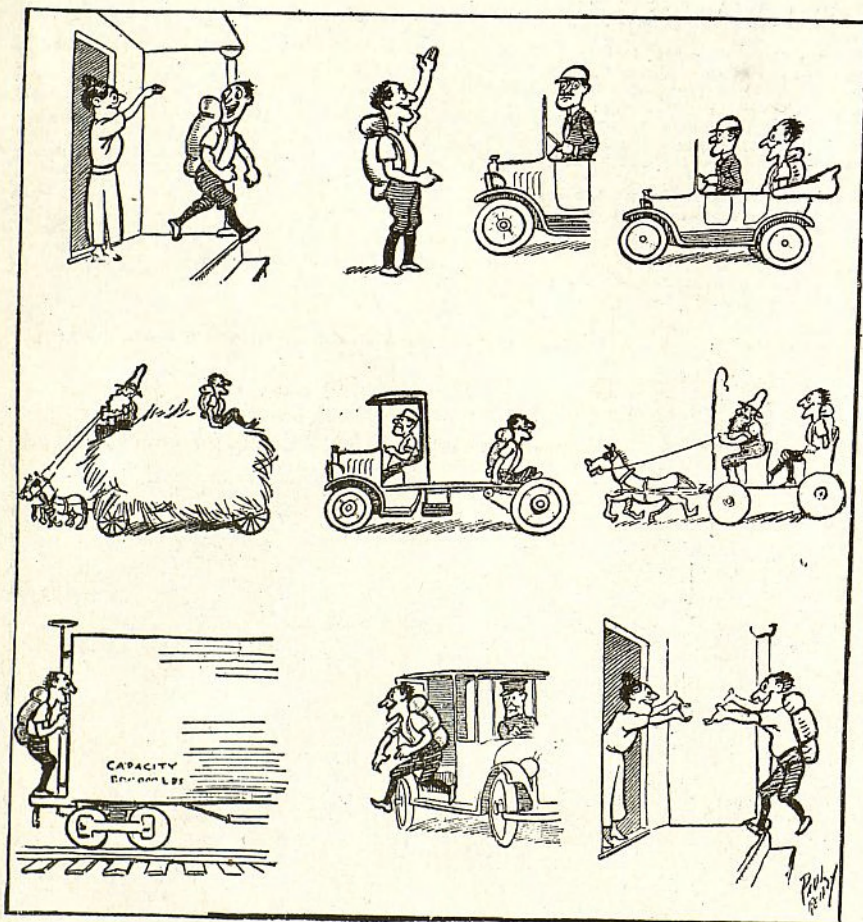
«Señor: Acabamos de ver su nuevo retrato en el *Petit Quotidien*. ¡Bravol...»

«Esta carta es para ofrecerle un contrato por diez años en nuestra *troupe*, con 600 francos mensuales.

«Se presentará usted en el número titulado *El recluta más grande de Francia*, en uniforme de coracero y al lado de *El perro más pequeño del Universo*.

«Si, como esperamos, acepta, tome el primer tren.»

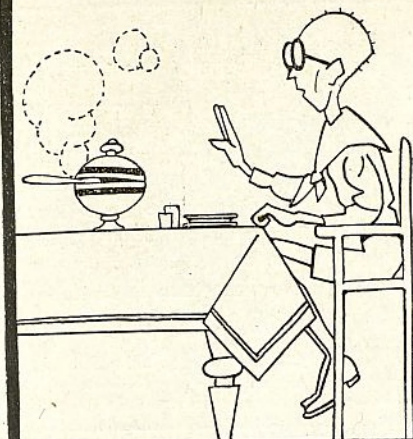
A. R. H



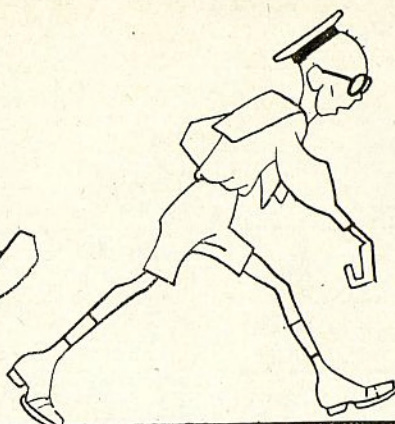
LA VUELTA AL MUNDO A PIE Y SIN DINERO

(De Judge, de Nueva York.)

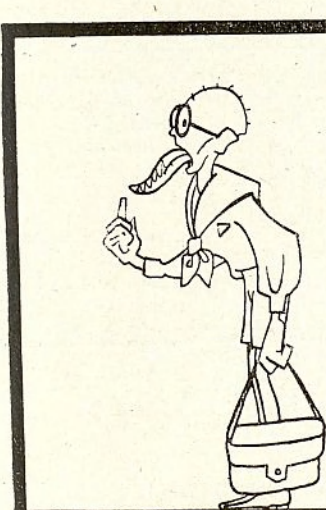
Travesuras de Pepito



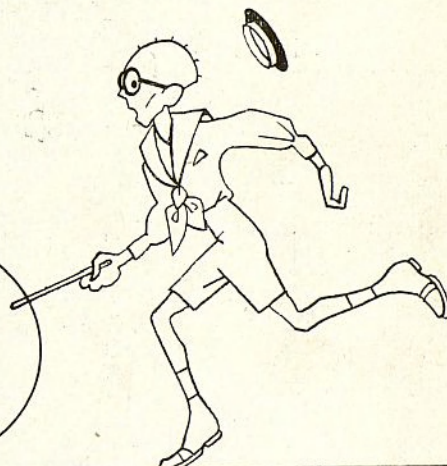
*Pepito, ¡pobrecito!,
ha perdido del todo el apetito.*



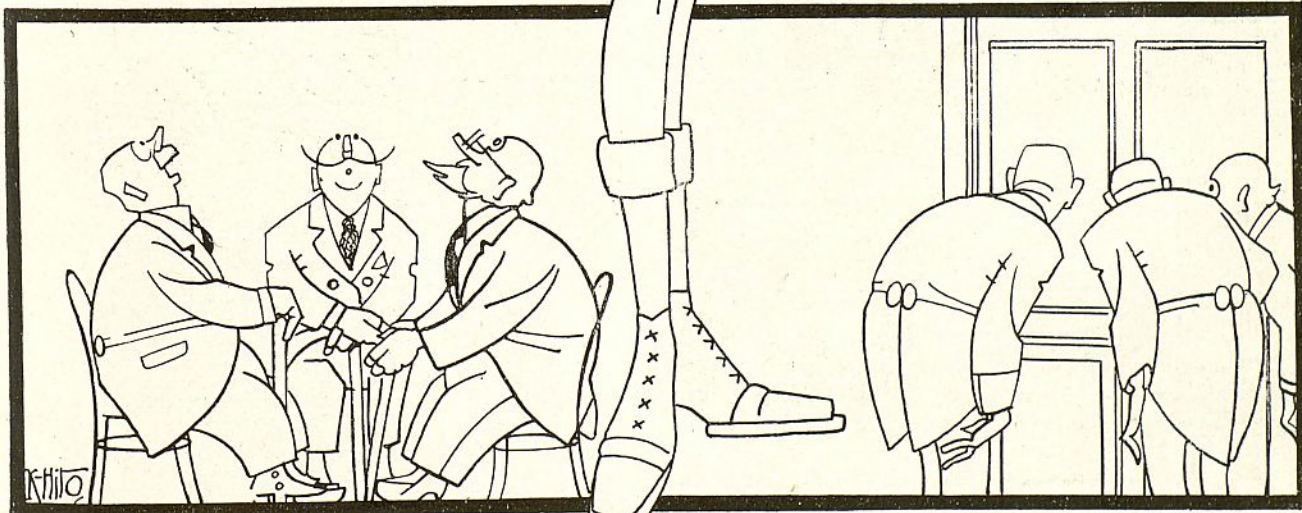
*Y aunque sale y aunque entra,
el caso es que Pepito no lo encuentra.*



*Alarga con astucia,
a la hora de estudiar, la lengua sucia.*



*Y a la hora del recreo,
la tiene limpia, y se nos va a paseo.*



*Tras de larga consulta
de doctores listísimos, resulta
que no sahe ninguno, ¡santo cielo!,
con qué limpia su lengua el rapazuelo.*

*Le observan por el ojo de la llave,
y oyen que dice el niño en tono grave:
— Ahora que nadie mira, yo me zampo
la caja de Jabón Flores del Campo.*

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

M. L. Madrid. — Se publicarán los dos.

L. H. R. — No sabemos por qué pierde usted el tiempo en esas cosas. ¡Con lo bien que podría usted hacer problemas de trigonometría!

J. G. de S. Madrid. — Eso está ya un poco manoseadillo; pero mándenos otras cosas, porque usted no es tonto.

Uno que ha resucitado. Madrid. — Es demasiado largo.

M. R. N. — Barcelona. — ¡Qué penal! En cambio, lo de usted es excesivamente corto, y, además, no tiene gracia. Insista, a ver qué ocurre. Usted no será separatista, ¿verdad?

A. G. A. Barruelo (Palencia). — Pues nada; quedamos en que ese Reglamento tiene menos gracia que una operación quirúrgica.

M. F. Madrid. — No escriba usted en tiras de papel rayado, ni con una

letra tan menuda, cuando haga cosas para imprenta. ¡Ahl... Cuando haga algo para periódicos, ¡hágalo mejor que esto de hoy!

L. T. H. Madrid. — Nos manda usted su tragedia nocturna, que empieza de esta forma:

«La noche era un manto que suave fulgor ervía en el pecho del fiel amador, el cual bibifica las dulces cardencias del amor de afán que es musulmán.»

¿Se convencerá usted ahora de que en el Planeta hay mucho mochaes?

V. G. B. Bilbao. — Vale poco. Lo



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

lamentamos allá en lo profundo del alma bohemia.

M. L. N. Madrid. — Es muy poca cosa. Puede seguir usted haciendo;

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

pero hay que trabajar un poco las cosas. Tampoco sería una idiotez que se procurase temas originales. El de hoy es de una vulgaridad que conmueve. Si no se tienen cosas nuevas que decir, lo mejor es tirarse al estanco del Retiro, o colocarse de empleado en el Metro. Todo antes que hacer el chino escribiendo para los cestos de las redacciones. Aplíquese el cuento. Trabaje y torture el encéfalo, a ver si sale algo más definido.

P. Trarca. Tenerife. — Hay condiciones en usted; pero eso que nos envía es sosillo, sosillo.

J. S. Madrid. — No sirve. Es muy repetido.

A. P. Murcia. — Se publicará.

Anip. Bilbao. — Dibuja usted bastante mal; no es por alabarle.

Carrascosa. — Le decimos lo que a

Anip: que para ser dibujante, no está de más saber dibujar.

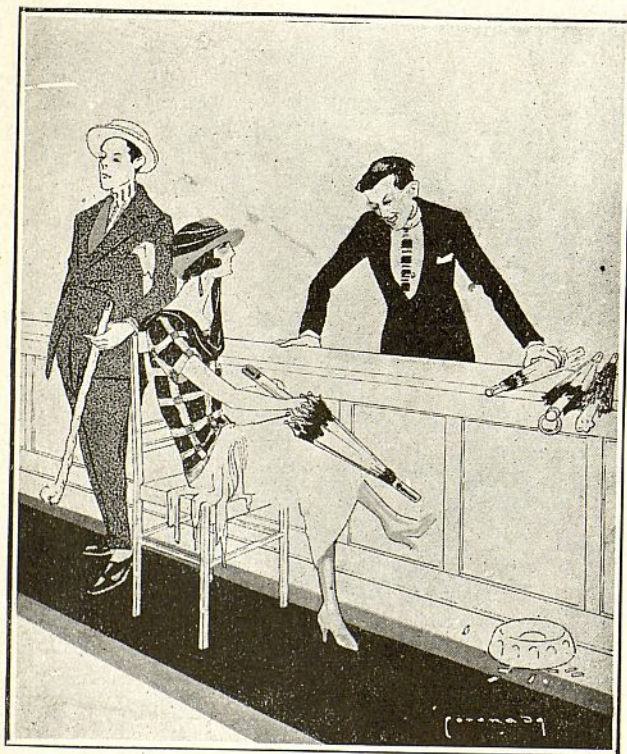
C. B. D. O. Madrid. — ¿Usted calca, eh? ¡No nos lo niegue!

J. G. de Soto. — Puesto que nos autoriza para que lo arrojemos al ces-

La dicha en este Planeta estribará en lo que estribe; pero la única completa yo la hallé en esta receta: Licor del Polo de Orive.

to, aprovechamos gustosos esta ocasión...

Dolphus. — Muy poca cosa ese Mo-saico. Tal vez alguna observación...



Dib. CORONADO. — Madrid.

— Y, dígame, ¿por dónde se abre esta sombrilla?
— Estas sombrillas, señorita, se suelen abrir por la tela.

EN NUESTROS ESCAPARATES ENCONTRARÁ USTED LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA REGALOS

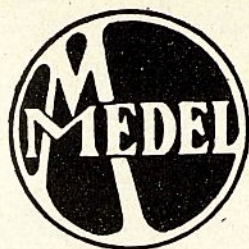
Cuesta

— PRÍNCIPE, 10 —

Preciosos objetos fantasía para escritorio.

JUGUETES

SU AMABLE VISITA MERECE TODA NUESTRA ATENCIÓN



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

M. R. H. Tetuán. — Su cuento *El amor de un matemático* revela bastante soltura. El final de ese cuento hace esperar algo que luego no resulta, y defrauda bastante.

El Maestro Ciruela. — ¿Es usted aquél que puso una escuela y no sabía escribir?... ¡Ya se conoce!

De un terrible y abrumador montón de dibujos (los llamamos así por bondad de carácter) que hemos recogido de la Redacción, rechazamos los siguientes:

Cinco, de Estefanía, de Bilbao (que imita todo lo que puede).

Tres, de M. Arteaga, Marblán, Ganchito y Escolano, de Madrid; Río, de Oviedo; Martínez, de Burgos, y Torrent, de Ciudadela.

Dos, de Sole (¡pobre, qué mal lo hace!).

Una historieta de Fly (¡detestable!;

una portada de Anip, de Bilbao (¡la locura!); y en dibujos, uno de Paf, Thi, Abajo, Pelluper, Berlanga, Martiny, de Bilbao; Prieto, Souza, García Díaz, Egido, de Zaragoza; Quero, de Córdoba; Aranda (peor que malo), Bermudo, Jackson, de Madrid, que calca de Bilbao; López, de Barcelona;

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Romá, Tejero, Mendo, Blanco, Gozalo, Olguera, Bi, Me, Hipo, Torma y Esperi.

Otro día continuaremos esta lista negra de los que sueñan con ser dibujantes y se empeñan en no aprender. ¡Justo castigo a su perversidad!

A. M. C. Madrid. — Es usted más tonto que Titi. ¡Ajá!

¡Soldado! Si te acatarras
no podrás gritar «¿Quién vive?»
Pero puedes remediarte
con el Jarabe de Orive.

Camino. Madrid. — Por ese camino puede usted llegar a Leganés, si acaso no se tuerce también.

P. Pino. Madrid. — Está usted en un error: es calabaza.

A. G. C. Madrid. — Con lo convenientes que le serían unos riegos en las plantas... de los pies.

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA
CORONA

NUEVO MODELO

600 pesetas al contado.

También venta a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)



Dib. ENCISO. — Madrid.

ELLA (compadecida). — ¡Buen hombre, tome usted para una mudal...

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Gedeón, dentista.
— Por fin he colocado a usted la dentadura con toda perfección.
— ¡Pero si me duele tanto! — dice el paciente.
— Por eso mismo; igual que la natural.

El colmo de la miopía.
— No hay hombre más miope que Gedeón. Me han dicho que no se quita las gafas ni para dormir.
— ¿Y con qué objeto?
— Para conocer a la gente que ve en sueños.

El Pelusillo (seudónimo). — Bilbao.

Entre dos recién casados.
El marido acaricia suavemente a su consorte, tirándole a la cabeza los

platos de una fuerte y policromada vajilla checoslovaca.

ELLA (al mismo tiempo que recibe un plato). — ¡Y decías que me ibas a-dorar!

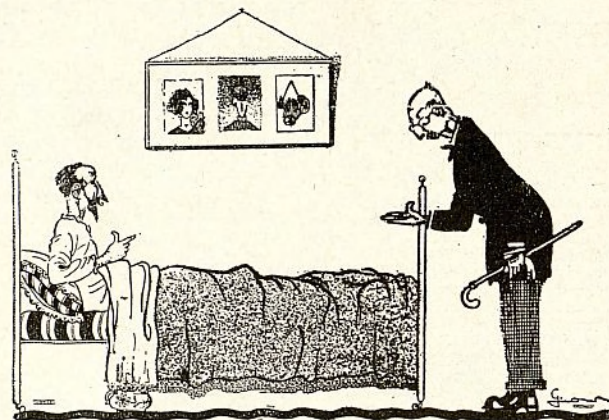
EL. — Sí; pero... ¡es que empiezo plateándote!

El de las Napias Colosales. Madrid.

— ¿Qué cuerpo hace detonar la pólvora?
— La Artillería.

Pirulo. — Madrid.

Un aviso.
En un teatro de aficionados se puso, en cierta ocasión, el siguiente cartel:
«Las sillas son para las señoras, y



Dib. GORI. — Valencia.

— Siento mucho, doctor, haberle molestado haciéndole venir desde tan lejos.

— ¡No se preocupe!... ¡Tengo que visitar a su vecino, y así, en el mismo viaje, mato dos pájaros de un tiro!...

los caballeros no podrán utilizarlas hasta que las señoras estén sentadas.»

Sag y Jack. — Almería.

— Cuál es el santo más militar?
— San Jurjo.

Piedad Otaola. — Madrid.

— Yo, eso no lo haría en la vida.
— Yo, ni después de muerto, creo que tampoco lo haría.

M. Conde. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un carpintero?
— Clavar las tablas de la Ley con puntas de cigarro.

— ¿Cuáles son los atracadores más descarados?

— ¡...!

— Los buques, que, aunque haya mucha gente, atracan al puerto.

P. Soria. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un arquitecto?
— Apuntalar una obra con las columnas de un diario.

Eulalia Alsina. — Logroño.

— Hombre, me alegro que no me guste la chica de González, porque si me gustara, me casaría con ella, y como no me gusta, sería muy desgraciado.

Anónimo. — Madrid.

— Si se organizase un concurso de dominó, en el que tomaran parte jugadores de las distintas regiones de España, ¿cuáles serían los vencedores?

— ¡...!

— Los de Santander, porque son de la Montaña, y desde la montaña siempre se domina.

Pin. — Torrelavega.

— Y quién fué la que murió, ¿Mari, o Pilar?

— Mari.

— No, señor, Pilar.

— Fué Mari.

— Tú estás errado.

— ¿Con hache o sin hache?

— No hagas chistes. Tú estás errado por defunción.

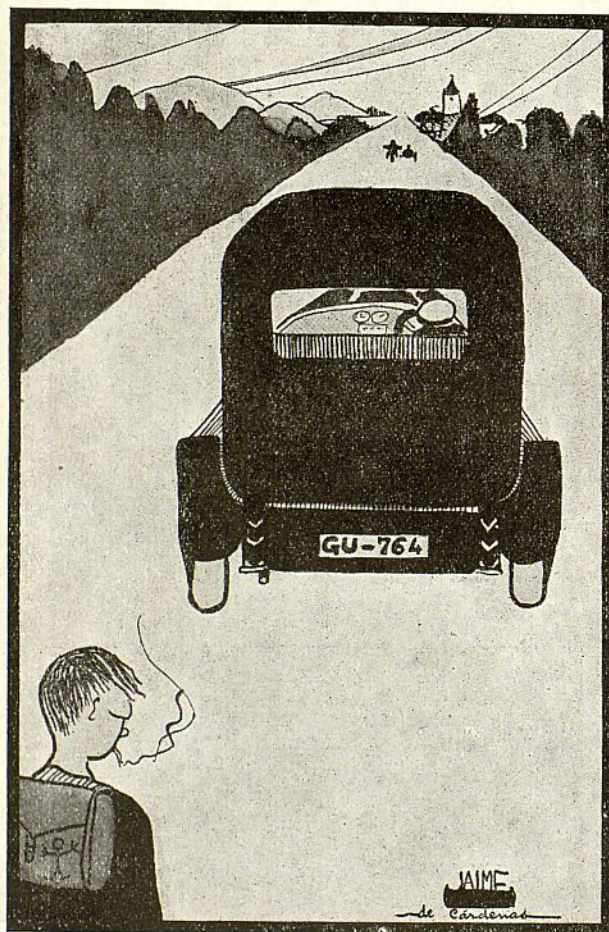
Maria Luisa Perera. — Bilbao.

— ¿Qué clase de ferroviarios son los más atentos, los más finos y los más educados?

— ¡...!

— Los factores, porque hasta con los equipajes gastan etiquetas.

Vizcaino. — Melilla.



Dib. JAIME. — Madrid.

— Gu... gu... (pensando). ¿Será de Gūlva, o de Guá-sinton...

— ¿Por qué los vendedores de periódicos pasan tanto frío por las mananas?

— Porque venden *El Sol* por diez céntimos.

Francisco Serrano.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. I. Cicerón, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
7
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



nacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Redne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



—En una ocasión nos sorprendió un temporal tan fuerte que hasta las gallinas que iban en el barco se marearon.

Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿Y en qué se les conocía el mareo?

—¡En que echaban el huevo por el pico!...

Ayuntamiento de Madrid